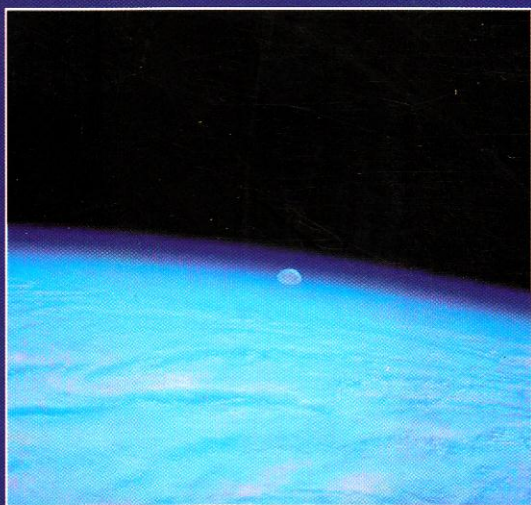


LEONARDO  
BOFF

# Tiempo de Trascendencia



El ser humano como  
un proyecto infinito

LEONARDO BOFF

TIEMPO DE  
TRASCENDENCIA

---

EL SER HUMANO  
COMO UN PROYECTO INFINITO

2.<sup>a</sup> edición

SAL TERRAE  
Santander

Título del original en portugués:  
*Tempo de Transcendência*  
© 2000 by Leonardo Boff  
Publicado por Editora Sextante  
(GMT Editores Ltda.)  
Rio de Janeiro – Brasil

Traducción:  
*Jesús García-Abril*  
© 2002 by Editorial Sal Terrae  
Polígono de Raos, Parcela 14-I  
39600 Maliaño (Cantabria)  
Fax: 942 369 201  
E-mail: [salterrae@salterrae.es](mailto:salterrae@salterrae.es)  
[www.salterrae.es](http://www.salterrae.es)

Diseño de cubierta:  
Copicentro – Santander

Con las debidas licencias  
Impreso en España. Printed in Spain  
ISBN: 84-2931450-4  
Dep. Legal: BI-346-07

Fotocomposición:  
Sal Terrae – Santander  
Impresión y encuadernación:  
Grafo, S.A. – Bilbao

**ADVERTENCIA**  
**ESTA ES UNA COPIA PRIVADA PARA FINES**  
**EXCLUSIVAMENTE EDUCACIONALES**



**QUEDA PROHIBIDA**  
**LA VENTA, DISTRIBUCIÓN Y COMERCIALIZACIÓN**

- El objeto de la biblioteca es facilitar y fomentar la educación otorgando préstamos gratuitos de libros a personas de los sectores más desposeídos de la sociedad que por motivos económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas no tienen posibilidad para acceder a bibliotecas públicas, universitarias o gubernamentales. En consecuencia, una vez leído este libro se considera vencido el préstamo del mismo y deberá ser destruido. No hacerlo, usted, se hace responsable de los perjuicios que deriven de tal incumplimiento.
- Si usted puede financiar el libro, le recomendamos que lo compre en cualquier librería de su país.
- Este proyecto no obtiene ningún tipo de beneficio económico ni directa ni indirectamente.
- Si las leyes de su país no permiten este tipo de préstamo, absténgase de hacer uso de esta biblioteca virtual.

*"Quién recibe una idea de mí, recibe instrucción sin disminuir la mía; igual que quién enciende su vela con la mía, recibe luz sin que quede a oscuras",*

*—Thomas Jefferson*



sin egoísmo

**Para otras publicaciones visite**  
**[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)**  
**Referencia: 4174**

Colección «ST BREVE»

35

# ÍNDICE

Nota del Editor . . . . .	7
El <i>Cor-aje</i> de Leonardo, por <i>Lúcia Ribeiro</i> . . . . .	11
Leonardo Boff. Maestro Espiritual, por <i>Luiz Alberto G. de Souza</i> . . . . .	15
Somos seres de <i>protest-ación</i> . . . . .	23
La experiencia originaria: la <i>ex-istencia</i> . . . . .	29
Trascendencia: capacidad de infringir prohibiciones . . . . .	33
El ser humano: un nudo de relaciones . . . . .	39
Lugares privilegiados de experiencia de la trascendencia . . . . .	45
Todo lo que está sano puede enfermar: la pseudotrascendencia . . . . .	55
El deseo y la trascendencia . . . . .	61
¿Cuál es, finalmente, el oscuro objeto del deseo? . . . . .	67
Transdescendencia: singularidad del cristianismo . . . . .	75
El Dios desconocido presente en nuestras angustias . . . . .	81
Palabras finales	
1. Trascendencia e inmanencia: ¿expresiones del patriarcado?. . . . .	87
2. ¿A partir de dónde emerge hoy el horizonte utópico?. . . . .	89



## Nota del Editor

Leonardo Boff es un profeta de los tiempos modernos. Sus ideas y reflexiones están registradas en numerosos libros que originan múltiples transformaciones en todo el mundo.

Leer a Leonardo Boff y percibir la pasión con que transmite sus creencias es, por tanto, un verdadero privilegio. Un privilegio que la Editorial Sal Terrae quiere extender a todos sus lectores mediante la publicación de una serie de pequeños libros que se inicia con *Tiempo de Trascendencia*.

Deseamos que el contenido transmitido por la lectura de estos textos promueva un cambio en cada uno de nosotros, contribuyendo a la creación del mundo nuevo que Leonardo Boff anuncia.





*Quiero manifestar mi agradecimiento al Planetario de Rio de Janeiro por las iniciativas culturales que promueve' constantemente, permitiendo al público ampliar su horizonte de conocimientos, visiones y utopías en contacto con autores de reconocido saber y experiencia.*

*LEONARDO BOFF*



## El *Cor-aje* de Leonardo

**L**EONARDO es una persona luminosa: carisma puro, riqueza multifacética. Imposible abordar aquí todos sus aspectos. Pero lo que más me impresiona de él tal vez sea su *cor-aje*: esa su capacidad de actuar dejando que fluya el corazón transfigura su excepcional y lúcida inteligencia.

Cuando lo conocí en 1979, hacía ya unos años que había regresado de Alemania, donde había hecho su doctorado en Teología, y gozaba ya de un enorme prestigio en el Brasil. Pero ello no afectaba en absoluto a su sencillez. Su franca sonrisa, que irradiaba simpatía y eliminaba cualquier distancia, hizo que la amistad fuera inmediata.

Nuestro primer encuentro, con ocasión de una reunión de intelectuales cristianos, se vio marcado por un significativo episodio: se estaba discutiendo brillantemente acerca del papel del intelectual en diversos campos —desde el estrictamente profesional hasta el sociopolítico, pasando por el eclesial—, pero no se mencionaba para nada su dimensión personal, familiar, afectiva, considera-

da como una «cuestión menor» —o una «contradicción secundaria», por emplear el lenguaje de la época— y que interesaba exclusivamente al ámbito privado. Al proponer —no sin un cierto recelo, dada la presencia de renombrados intelectuales— la creación de un grupo más de debate para integrar esta temática, yo no podía imaginar que tendría como interlocutor a aquel joven, atractivo y ya famoso teólogo que pidió participar en dicho grupo.

Lo que en aquel momento podía parecer una mera curiosidad se reveló, de hecho, como una profunda actitud, que hunde sus raíces en su infancia, de apertura a lo femenino. Su madre —que se negó siempre a aprender a leer, a pesar de la repetida insistencia de sus hijos en que lo hiciera— era una mujer de una notable personalidad, con una enorme vitalidad y una sorprendente libertad de espíritu. A su vez, la convivencia con sus hermanos —cinco chicos y cinco chicas— le permitió vivir en la vida diaria concreta la relación masculino/femenino.

Ya adulto, el *cor-aje* —infrecuente entre los sacerdotes de su generación— de abrirse a las amistades femeninas le ayudó a enriquecer esta experiencia. Su colaboración con Rose Marie Muraro durante los años de trabajo en la Editorial Vozes es un ejemplo significativo al respecto (no en vano, ambos trabajan hoy conjuntamente en el proyecto de un libro que abordará precisamente la cuestión masculino/femenino). Más tarde, una vez que abandonó la orden franciscana, Leonardo descubrió la plenitud del encuentro hombre/mujer en su amor por Marcia, compañera con la que

viene desarrollando su vida en pareja. Toda esta experiencia existencial fecunda su pensamiento.

Al identificar dos modos de ser-en-el-mundo –el trabajo y la solicitud–, y al descubrir en esta última la expresión de lo femenino, presente tanto en el hombre como en la mujer, Leonardo rescata en la teoría un valor que ya hace mucho que vive en la práctica. Es precisamente por ser él mismo un «ser solícito» por lo que consigue iluminar esta dimensión, relegada a un segundo plano por una cultura patriarcal. Denunciando el aspecto patológico de la ruptura entre las expresiones de lo masculino y lo femenino, Leonardo hace ver la urgencia de su mutua integración, en una perspectiva holística según la cual el ser humano es un ser de relaciones ilimitadas, conectado con el cosmos y abierto a la trascendencia.

En este sentido, su pensamiento está íntimamente vinculado a toda una reflexión ecológica que aborda nuevas temáticas y nuevos lenguajes. Lo cual le lleva a repensar su propia teología, abriendo pistas inexploradas e incluso asumiendo riesgos y posibilidades de ambigüedades y equívocos.

En este proceso tuvo que afrontar innumerables dificultades al denunciar el aspecto arcaico –y a menudo cruel– de las instituciones que se dejan dominar por el poder, particularmente si se trata del poder eclesiástico.

Aquí también se afirma su *cor-aje*, al abrirse a los vientos de la libertad, movido por su pasión de afirmar al Dios de la Vida. Un Dios que es Padre, pero que es también Madre, que es *com-pasión* y ternura.

Al profundizar en esta dimensión mística, su pensamiento va mucho más allá del ámbito meramente intelectual, para indicar pistas que ayudan a descubrir el sentido de la vida y transmiten luz y energía. El texto que presentamos, de enorme riqueza y densidad, ofrece una ocasión privilegiada de abrirse a esta vivencia.

Quisiera terminar con una anécdota que a Leonardo le gusta contar. Al encontrarse en cierta ocasión con el Dalai Lama y preguntarle cuál era la mejor religión, éste le respondió: «La mejor religión es aquella que nos hace mejores, más amorosos, más abiertos a los demás».

Esto es precisamente lo que sucede cuando entramos en contacto con el pensamiento de Leonardo Boff, el cual nos guía por caminos insospechados y enciende auroras en nuestros corazones, a la vez que en las regiones más profundas del ser vela –y desvela– la trascendencia.

LÚCIA RIBEIRO

## Leonardo Boff, Maestro Espiritual

**C**ONOCÍ a Leonardo en México, en 1975, con ocasión de un encuentro internacional de teología. Él ya andaba pensando en una «teología del cautiverio», viniendo como venía de un país ahogado por el autoritarismo de los cuarteles. Para entonces empezaba a abrirse paso la idea de la liberación, horizonte de la teología latinoamericana de aquellos años<sup>1</sup>. Y debo confesar que quedé fascinado por su esclarecida mirada y su capacidad de agrandar espacios y ensanchar perspectivas. Comenzó entonces una fraternal y cómplice amistad que dura ya un cuarto de siglo. Siempre le he visto apostando por lo nuevo y lo diferente, aceptando el riesgo de equivocarse (como cuando, con cierta candidez, saludaba a un socialismo real

---

1. *Teologia da libertação e do cativoiro* (1976); *Da libertação. O teológico das libertações sócio-históricas* (1979); *Teologia da libertação no debate atual* (1985).



ya agonizante) y sin tomarse jamás demasiado en serio a sí mismo, al contrario que tantos intelectuales arrogantes o deslumbrados.

Irreverente y hasta mordaz, aún recuerdo la conferencia que pronunció en una iglesia repleta de gente, en el centro de Roma, en 1984, por los días en que muy cerca de allí, en la Piazza del Santo Uffizio, se seguía un proceso en su contra. «Unos cardenales me acusan, otros cardenales me defienden. Y como cardenal *non mangia cardinali...*». Un amigo peruano, entre perplejo y preocupado, me susurró: «Muy tropical...». En cierto sentido, tenía razón. Leonardo es solar, abrasado por sus convicciones y pasiones.

Fidelidad irrenunciable a los pequeños, a los pobres...: a aquellos habitantes de los vertederos de Petrópolis a quienes él y Márcia, su compañera, tanto supieron acompañar<sup>2</sup>. Y, abriéndose en círculos concéntricos, llega hasta los espacios siderales, como su amigo y poeta nicaragüense Ernesto Cardenal, que en su Canto Cósmico<sup>3</sup> parte de lo cotidiano más inmediato para lanzarse a las alturas de las galaxias.

Siempre tuvo dificultades con el peso institucional de su Iglesia —herencia de su propio padre, que, habiendo sido seminarista, siempre reaccionó frente a la institución—. Pero, en contrapartida, acuñó una expresión extraordinaria —eclesiogéne-

---

2. *A fé na periferia do mundo* (1978); *O caminhar da Igreja com os oprimidos* (1980); *Do lugar do pobre* (1984); *Teologia à escuta do povo* (1984); *Nova evangelização: a perspectiva dos pobres* (1990).

3. *O evangelho do Cristo Cósmico* (1971).

sis— para referirse a las Comunidades Eclesiales de Base, por las que tantos apostamos con él<sup>4</sup>. Rebelde frente al poder, fascinado por el carisma<sup>5</sup>, la mística<sup>6</sup> y la santidad<sup>7</sup>, vengan de donde vinieren.

En mi condición de laico con medio siglo de práctica eclesial, y no habiendo sufrido castigos eclesiásticos, me siento, en compañía de Chesterton, más cómodo en la antigua, veneranda y contradictoria Iglesia Católica. Pero es bueno escuchar a la vez las alertas de un hermano insumiso, cuyas reflexiones pueden sonar discordantes para algunos. En cualquier caso, son insoportables para los oídos de las curias de poder y para las urticarias de pomposas dignidades.

Sus libros nos enseñan a creer en la vida y en la vida más allá de la propia vida<sup>8</sup>. En las páginas que vienen a continuación, en los desafíos iniciales, parece encontrarse muy próximo a un subjetivismo postmoderno que a veces confunde la búsqueda de la trascendencia con un repliegue sobre sí mismo. Pero la enseñanza de Romano Guardini y tantos otros a los que frecuenta llevan a Leonardo a ver a Dios, de una manera tensional, enteramente dentro y enteramente fuera de nosotros.

- 
4. *Eclesiogênese. As comunidades reinventam a Igreja* (1977).
  5. *Igreja: carisma e poder* (1981).
  6. *Mística e espiritualidade* (1994, con Frei Betto).
  7. *Francisco de Assis: ternura e vigor* (1981); *Francisco de Assis. Homem do paraíso* (1985).
  8. *A ressurreição de Cristo. A nossa ressurreição na morte* (1972); *Vida para além da morte* (1973); *Vida segundo o Espírito* (1981); *Via-sacra da Ressurreição* (1982); *Ética da vida* (1999).

Inmanente en un cierto sentido, a la vez que alteridad pura. Transcendencia: hermosa expresión: alguien que desciende –Kénosis, anonadamiento– se hace carne como pobre y redime a la creación entera que sufre dolores de parto (Flp 2,6-8; Rm 8,22-23)<sup>9</sup>. *Jesucristo el Liberador*, título de uno de sus más hermosos libros y un auténtico clásico de la teología del siglo xx<sup>10</sup>. Además, alteridad que se desdobra en Trinidad, la mejor comunidad<sup>11</sup>.

Leonardo piensa cada vez con mayor osadía, siempre ensanchando horizontes y descubriendo el pulso de la tierra y el bullir de la ecología<sup>12</sup>. Soñando con un mundo de paz y de justicia<sup>13</sup> y creyendo en Brasil y en América Latina<sup>14</sup>, sale al encuentro de las nuevas generaciones, de tantos como circulan en los espacios abiertos de lo sagrado buscando ansiosamente el *mysterium tremendum*, lo numinoso, un más allá desafiante<sup>15</sup>. No es un teólogo enredado con viejos libracos. Es un discípulo de Francisco de Asís que anuncia la

---

9. *Encarnação: a humanidade e a jovialidade de nosso Deus* (1976).

10. *Jesus Cristo libertador* (1972).

11. *A trindade, a sociedade e a libertação* (1986); *A Santíssima Trindade é a melhor comunidade* (1988).

12. *Ecologia, mundialização e espiritualidade* (1993); *Nova era: a emergência da consciência planetária* (1994); *Ecologia: grito da terra, grito dos pobres* (1995); *Princípio Terra: a volta à Terra como pátria comum* (1995); *Ethos mundial: um consenso mínimo entre humanos* (2000); *A voz do arco-íris. O novo paradigma emergente* (2000).

13. *A oração de São Francisco: uma mensagem de paz para o mundo atual* (1999).

14. *América Latina: da conquista à nova evangelização* (1992); *Depois de 500 anos: que Brasil queremos?* (2000).

15. *Atualidade da experiência de Deus* (1974).

buena nueva de la vida plena, preparada con sumo cuidado, alimentada con ternura y *com-pasión*<sup>16</sup>, descendiendo al picoteo cotidiano y menudo de la gallina para subir como una flecha hasta los espacios insondables del águila<sup>17</sup>.

LUIZ ALBERTO G. DE SOUZA

---

16. *O rosto materno de Deus* (1979); *Saber cuidar. Ética do humano – compaixão pela terra* (1999).

17. *A águia e a galinha: uma metáfora da condição humana* (1997); *O despertar da águia: o dia-bólico e o sim-bólico na construção da realidade* (1998).



*Al hablar sobre el tiempo de la trascendencia, hay que empezar por definir el tiempo. Yo quiero definirlo tal como lo entiende el gran poeta argentino Martín Fierro, según el cual el tiempo es «la tardanza de lo que está por venir». Me parece genial esta formulación, porque muestra el proceso de realización del tiempo (tardanza) viniendo del futuro en dirección al presente.*

*LEONARDO BOFF*



SOMOS SERES  
DE  
*PROTEST-ACIÓN*





**C**REO que la trascendencia es tal vez el desafío más secreto y escondido del ser humano. Y es que, en realidad, los humanos, hombres y mujeres, somos esencialmente seres de *protestación*, de acción de protesta. Protestamos continuamente. Nos negamos a aceptar la realidad en la que estamos inmersos, porque somos más y nos sentimos más grandes que todo cuanto nos rodea.

Rompemos todos los esquemas, pues no encajamos en ninguno. Ni el sistema militar más duro, ni el nazismo más feroz, ni la represión eclesiástica más dogmática pueden contener al ser humano, que siempre los desborda. Y no hay sistema social, por muy cerrado que sea, que no tenga brechas por donde el ser humano pueda entrar y hacer explotar esa realidad. Por muy aprisionado que esté, en el fondo de la Tierra o dentro de una nave espacial en el espacio exterior, incluso ahí el ser humano lo trasciende todo, porque con su pensamiento habita las estrellas y rompe todos los espacios. Por eso los seres humanos tenemos una existencia condenada...: condenada a abrir caminos siempre nuevos y siempre sorprendentes.

Hay un gran filósofo italiano que vivió hace muchos años y que me sirvió de gran inspiración

en mi juventud. Se llamaba Michele Federico Sciacca, y hoy es casi un desconocido. Pues bien, Sciacca escribió un libro titulado *L'uomo, questo squilibrato* (El ser humano, ese desequilibrado). Y es que no hay equilibrio posible. El ser humano está siempre fuera del centro, lejos del equilibrio.

Al hablar de la trascendencia como dimensión intrínseca del ser humano, tenemos que someter a rigurosa crítica todo cuanto las religiones nos han legado. Las religiones afirman que el Cielo está allá arriba, donde moran Dios, los santos y ese llamado «mundo trascendente», mientras que aquí abajo reside la inmanencia, en la que se mueve la creación sobre la cual reinamos. Ambos mundos se yuxtaponen y hasta se contraponen. A través de toda la mecánica de la oración y la meditación tratamos de tender puentes para llegar al Cielo, a la trascendencia y a Dios.

En el caso de que no consigamos llegar a Dios por nosotros mismos, las religiones se proponen a sí mismas como mediadoras. Sin embargo, los filósofos nos dicen: «Todo eso es metafísica». Lo cual significa que todo eso es una representación y una proyección nuestra, no la realidad originaria. Es invención nuestra. Tal vez la primera metafísica, la primera representación del mundo forjada por nuestros ancestros (¡quién sabe cuándo surgió el primer atisbo de inteligencia, hace casi diez millones de años...!) hayan sido las religiones, que son metafísicas, son representaciones del mundo: cielo/infierno, aquí/allá, Dios/mundo, cuerpo/alma, inmanencia/trascendencia.

Sin embargo, una representación más profunda, la que busca el pensamiento originario, el gra-

do cero de la existencia, se da cuenta de que se trata de una invención y una proyección humanas. Cuando afirmamos esto, irritamos a todos los creyentes, y quienes defienden los catecismos se sienten perturbados. Pero tenemos que pensar la realidad, no los catecismos, que son meras interpretaciones religiosas de la realidad y, como tales, no pierden su valor. Eso sí, son interpretación de algo anterior a ellos, de algo que pretendemos descifrar.



LA EXPERIENCIA  
ORIGINARIA:  
LA *EX-ISTENCIA*



**Q**UÉ es lo que es anterior y subyace a las expresiones inmanencia-trascendencia? Pues no otra cosa que la experiencia del propio ser humano como ser histórico, como ser que está haciéndose constantemente. Es lo que llamamos «experiencia originaria». Cuando hablamos filosóficamente de la existencia, decimos: *ex-istencia*. Estamos siempre proyectándonos hacia fuera (ex), construyendo nuestro ser. Pero es algo que no adquirimos ya hecho, sino que vamos moldeándolo mediante nuestra libertad, mediante los enfrentamientos e intimidaciones de la realidad. Al reaccionar, asumir, rechazar y modelar, vamos construyendo nuestra *ex-sistencia*. El ser humano es un ser nunca perfectamente acabado. Por eso no hay antropología; lo que hay es antropogénesis, que es la génesis del ser humano. En esta experiencia emerge lo que somos: seres de inmanencia y de trascendencia, como dimensiones de un único ser humano. Inmanencia y trascendencia no son aspectos enteramente distintos, sino dimensiones de una única realidad que somos nosotros.

Por tanto, la afirmación básica de una actitud radicalmente filosofante, que trata de ver más allá



de las cosas, detecta ese motor secreto que hace nacer todo y que impulsa el surgimiento de las proyecciones: la propia *ex-istencia* humana siempre abierta, siempre en construcción.

Empleando una metáfora, yo diría que somos seres de enraizamiento y de apertura. Ante todo, nos sentimos seres enraizados. Tenemos raíces, como los árboles. Y las raíces nos limitan, porque nacemos en una determinada familia, hablando un determinado idioma, con un capital limitado de inteligencia, de afectividad, de capacidad de amar... Además, tenemos la dimensión sana y también la dimensión patológica. Y es que no somos únicamente *homo sapiens sapiens*. Hoy somos, fundamentalmente, *homo demens*, doblemente *demens*, cosa que olvida la modernidad ilustrada. Hoy somos dementes en grado sumo: ésa es nuestra situación, nuestra condición existencial. He ahí nuestro enraizamiento en nuestra inmanencia.

Pero somos a la vez seres de apertura. Nadie asegura sus pensamientos; nadie amarra sus emociones, que pueden llevarnos muy lejos en el universo. Pueden estar en la persona amada, pueden estar en el corazón de Dios. Lo rompemos todo, nadie nos aprisiona. Aun cuando los esclavos sean mantenidos en los calabozos y obligados a cantar himnos a la libertad, son libres, porque nacieron libres, y su esencia está en la libertad.

Poseemos, pues, esa dimensión de apertura, de romper barreras, de superar prohibiciones, de ir más allá de todos los límites. Esto, que llamamos «trascendencia», constituye una estructura básica del ser humano.

**TRASCENDENCIA:  
CAPACIDAD DE INFRINGIR  
PROHIBICIONES**



**I**NICIALMENTE, la dimensión de trascendencia no tiene nada que ver con las religiones, aun cuando éstas traten de monopolizarla cuando afirman: «Dios está en la trascendencia, habita en una luz inaccesible, y nosotros poseemos su revelación, la clave para poder hablar de Él». Esto es pura metafísica, una traducción de la experiencia originaria, pero no la experiencia originaria.

Si es así, podemos entonces decir que todos los tiempos son tiempos de trascendencia. El tiempo del hombre de Neanderthal era tiempo de trascendencia; el australopiteco piticino, que era una mujer, Luci, era una mujer de trascendencia, la cual dejó las selvas de África y echó a andar por la árida sabana; pero, como aquello estaba muy seco, tuvo que desarrollar el cerebro para sobrevivir. Así, poco a poco, irrumpieron como seres humano. Los demás hermanos que se habían quedado en la selva, con abundantes medios de vida a su alcance, allí siguen hasta hoy como primates. Así pues, el páramo, la sabana y el desierto son la patria de la humanidad, de la trascendencia. Nos vimos obligados a trascender los límites impuestos por el medio para poder vivir. La trascenden-

cia, pues, es fundamentalmente esa capacidad de infringir todos los límites, de superar y violar las prohibiciones y de proyectarse siempre en un más allá.

Para poner un ejemplo de esta dimensión vamos a escoger la primera página del *Génesis*, la famosa historia de Adán y Eva, la cual puede ser leída en muchas claves. El cristianismo –la tradición judeo-cristiana en general– lo hace en una clave religiosa y habla del «pecado original» y de todas esas cosas que ya sabemos. Pero la lectura antropológica y filosófica descubre ahí el acto supremo del ser humano: «No comeréis de la fruta prohibida; si lo hacéis, moriréis». Y el ser humano tiene el placer de violar la prohibición, de hacer lo prohibido. (No existe tentación mayor). Y al hacerlo descubre su realidad de trascendencia, se transforma en humano. Esto es lo que hace que este pasaje bíblico sea grandioso, al revelar la esencia de la libertad.

Pero quedémonos en Brasil, donde los *carajás* tienen un mito fantástico. La cultura *carajá* del Bananal es sumamente rica en mitos verdaderamente preciosos, y éste en especial transmite perfectamente la dimensión de la trascendencia. Según el relato de los *carajás*, el Creador los hizo inmortales. Ellos vivían como peces en el agua, en los ríos, en los lagos. No conocían el sol, la luna y las estrellas; no conocían nada, excepto las aguas. En el fondo de cada río donde ellos estaban había siempre un agujero del que brotaba una luz de gran intensidad. Y éste era el precepto que les había dado el Creador: «No entraréis en ese agujero; si lo hacéis, perderéis la inmortalidad». Ellos

daban vueltas en torno al agujero, dejándose iluminar por sus colores y su luz, pero respetaban el precepto, a pesar de que la tentación era grande: «¿Qué habrá allá dentro?».

Hasta que un día un *carajá* más atrevido se introdujo por el agujero... y fue a parar a las espléndidas playas del río Araguaia, unas playas blanquísimas y bellísimas, y quedó maravillado. Vio el sol, las aves, los soberbios paisajes, las flores, las mariposas... Dondequiera que dirigía su mirada, quedaba boquiabierto. Y cuando llegó el atardecer, y el sol se ocultó, pensó en volver con sus hermanos. Pero entonces aparecieron la luna y las estrellas, y quedó aún más estupefacto, y se pasó la noche admirando la grandiosidad del universo.

Y cuando pensó que ya iba avanzada la noche, el sol comenzó a despuntar. Al acordarse de sus hermanos, regresó junto a ellos por el agujero. Luego los reunió a todos y les dijo: «Hermanos y hermanas, amigos, he visto algo extraordinario que ni siquiera podéis imaginar». Y relató su experiencia, tras de lo cual todos quería pasar por el agujero luminoso. Entonces los sabios dijeron: «Pero el Creador, tan bondadoso con nosotros que nos ha dado la inmortalidad, merece que le consultemos...». Y fueron a consultar al Creador, diciendo: «Padre, déjanos pasar por el agujero. ¡Es tan extraordinaria la realidad que nuestro atrevido hermano nos ha descrito...!». Y el Creador, con cierta tristeza, respondió: «La verdad es que es una realidad espléndida. Las playas son preciosas, y la selva presenta una biodiversidad extraordinaria» (el Creador ya hablaba nuestro dialecto

moderno). Y prosiguió: «Podéis ir allá, si queréis, pero tendréis que pagar un precio: perderéis la inmortalidad».

Todos, tras mirarse unos a otros, se volvieron hacia el atrevido *carajá* que había sido el primero en violar el precepto, y decidieron pasar por el agujero, renunciando a la inmortalidad. Entonces la divinidad les dijo: «Yo respeto la decisión que habéis tomado. Vais a tener fantásticas experiencias de belleza y de grandiosidad, pero todo será efímero. Todo tendrá que nacer, crecer, madurar, decaer y, finalmente, morir. Y vosotros mismos participaréis de ese ciclo. ¿Es eso lo que queréis?». Y todos a una respondieron: «Sí, lo queremos». Y se fueron, realizando el acto de supremo coraje de tener la libertad de vivir la experiencia de la trascendencia. Renunciaron a la vitalidad perenne, renunciaron a la inmortalidad. Y aún hoy siguen allí los *carajás*, en aquellas bellísimas playas. Si un día vais a visitarlos, los encontraréis retozando en la arena y sumergiéndose en las aguas de vivo color verde, pero profundamente libres. Tal vez sea la cultura que más aprecia la libertad.

Los *carajás* hicieron la experiencia de la trascendencia, en la que se revela la grandiosidad del ser humano, pero también su drama, pues debe morir a pesar de tener siempre el deseo de vivir.

EL SER HUMANO:  
UN NUDO  
DE RELACIONES





**Q**UÉ es, pues, el ser humano? Sencillamente, un ser de apertura. Un ser concreto y perfectamente ubicado, pero abierto. Un nudo de relaciones que apunta en todas las direcciones. Ya lo decía el gran «filósofo» (comunicador) Charcrinha: «Quien no se comunica se estanca». Sólo comunicándose, realizando esa trascendencia concreta en la comunicación, el ser humano se construye a sí mismo. Sólo saliendo de sí, habita realmente su hogar. Sólo dando de sí, recibe. El ser humano es un ser en potencialidad permanente. Es un ser, pues, de apertura, un ser potencial, un ser utópico. Sueña con algo que está más allá de lo que la realidad ofrece. Y siempre añade algo a esa realidad.

Émile Durkheim, uno de los fundadores de la sociología, habla de la singularidad del ser humano como ser social, capaz de crear utopía, de añadir algo a lo real. Esto es algo exclusivo de él, pues ningún animal es capaz de utopía. Por eso crea símbolos, proyecciones, sueños... Porque ve lo real transfigurado. Esta capacidad es lo que llamamos «trascendencia», es decir, lo que trasciende, rompe, va más allá de lo ya dado. En una pala-

bra, yo diría que el ser humano es un proyecto infinito. Un proyecto que no encuentra en este mundo el marco adecuado para su realización. Por eso anda errante, en busca de nuevos mundos y nuevos paisajes. Y la conclusión que sacamos de este hecho es que no debemos dejarnos encuadrar por nadie: por ningún papa, por ningún gobierno, por ninguna ideología, por ninguna revelación. Por nada en el mundo, porque todo es menor. El ser humano es un proyecto ilimitado, trascendente, y no es susceptible de ser encuadrado. Puede, eso sí, acoger amorosamente al otro dentro de sí; puede servirlo, superando cualesquiera límites. Pero es algo que hace únicamente en su libertad, y sólo cuando se decide libremente a hacerlo, sin imposición alguna. No hay nada que pueda encuadrarlo: ninguna fórmula científica, ningún modo de producción, ningún sistema de convivencia. Ni siquiera nuestro moderno sistema globalizado, dentro del pensamiento único que afirma que «no hay alternativa para él», reforzado por el fundamentalismo de la economía actual, que garantiza que «sólo existe el modo de producción capitalista global, con su ideología política, el neoliberalismo», y que «no hay otro camino a seguir».

Esta visión supone un muy pobre concepto del ser humano, al que, en el fondo, transforma en un simple consumidor que sólo tiene boca para consumir, pero que no tiene cabeza para proyectar. Quien defiende y practica esta concepción no está interesado en formar un ciudadano creativo, capaz de pensar por sí mismo y de plasmar su propio destino. En lo que sí está interesado es en produ-

cir consumidores «agallinados» en sus gallineros, privados de su identidad de águilas. En nombre de nuestra trascendencia, protestamos contra este modo de realizar el proceso de globalización, que en sí mismo representa un nuevo tramo de la historia humana.

El ser humano es un ser creativo que piensa alternativas. Y si no consigue pensar, se resiste y se rebela, se alza y protesta, ocupa tierra y funda otro orden, otro derecho difuso ligado a la vida, ligado a la libertad. No el derecho que encuadra, que privilegia y que afirma: «ésta es la norma; esto es lo correcto; esto es lo constitucional». La vida, en especial cuando se ve sometida a coacción, busca e idea otras formas de ordenamiento de la realidad. Es su trascendencia la que le confiere esta libertad creativa. Libertad al menos para protestar y rebelarse. Y cuando la opresión es tan fuerte que no puede hacerse nada frente a ella, al menos se puede protestar, se puede mostrar un absoluto rechazo. Al ser humano se le puede torturar y hasta matar, pero nadie puede quitarle su capacidad de oponerse.

Entonces, hermanos y hermanas, mirad a vuestro alrededor y tomad conciencia de los sistemas que pretenden encuadrarnos hoy. En la educación, en la familia, en la escuela, en las religiones... No nos dejemos «mediocrizar», mantengamos nuestra grandeza, nuestra capacidad de vuelo, nuestra capacidad de trascendencia.



LUGARES PRIVILEGIADOS  
DE EXPERIENCIA  
DE LA TRASCENDENCIA



**D**ÓNDE tenemos a diario la experiencia de la trascendencia? Considero que hay una serie de ejes existenciales por los que todos pasamos y en los que realizamos una experiencia de límpida y cristalina trascendencia que no requiere explicación ni retórica interpretativa alguna.

Para mí, la experiencia más fundamental, la que llega a lo más profundo de nosotros, es la del enamoramiento. Cuando una persona se enamora, la otra persona es para ella una divinidad. No se miden los sacrificios, ni tiene importancia el tiempo. Cancelas tus compromisos, llegas incluso a mentir por encontrarte con la persona amada... ¿Por qué? Porque tú sales de ti y vas al encuentro del otro. Es una experiencia de éxtasis, fuera de la realidad. Y no hay quien no se enamore.

Machado de Assis, en su *Dom Casmurro*, describe el fenómeno del enamoramiento en referencia al personaje de Capitu: «En aquel instante, la eterna Verdad no tenía más valor que él, ni la eterna Bondad, ni las demás Virtudes eternas. ¡Yo amaba a Capitu, y Capitu me amaba a mí! Y mis piernas andaban, desandaban, a la vez temblorosas y convencidas de abarcar el mundo. Este pri-



mer palpar de la savia, esta revelación de la conciencia a sí misma, ya no habría de abandonarme, ni descubrí en ningún momento que pudiera compararse con cualquier otra sensación de la misma especie».

He ahí una experiencia de trascendencia. Experiencia del encuentro entre dos personas que se enamoran y se aman. Las cuales, cuando se da la intimidad sexual, expresión del amor, se pierden la una en la otra y se olvidan del tiempo. Viven una experiencia mística, de anticipación de la eternidad. Todos los místicos, en el momento más álgido de su enamoramiento de Dios, hablan de esponsales: «del amado en la amada transformado», como dice San Juan de la Cruz. Porque ésta es una experiencia suprema, en la que los seres humanos saltan en dirección al otro, en una fusión gratificante. Es una experiencia sólo comparable a la de la intimidad, a la de la erótica.

La experiencia de la trascendencia se manifiesta de modo especial en la cultura popular, que es la cultura masacrada del salario mínimo, de la destrucción del horizonte utópico, de la frustración por el hecho de que, en el fondo, nada va a cambiar. Conozco a un fanático del fútbol que antes de un partido decisivo se va a dormir más temprano para que el tiempo pase más deprisa: tal es el deseo que tiene de ver jugar a su equipo. Cuando llega el gran día, compra con mucha anticipación la entrada y se va al estadio, donde ya nadie puede contenerlo. Allí tiembla y se estremece, y cuando se marca un gol experimenta un salto a la trascendencia. Es el delirio, el grito desgarrado, el abrazo, el gozo, el éxtasis...

O bien, cuando llega el carnaval, y es su «escuela» la que gana en el desfile, si no tiene un cohete, sino un arma, se pone a pegar tiros al aire: tal es la experiencia que tiene de salida de sí mismo, de límpida trascendencia.

Cuando reflexionaba sobre la trascendencia para esta ocasión, leí en un periódico una noticia reveladora de una doble experiencia de trascendencia: pobres sin tierra que vivían en «favelas» y que jamás habían pisado un «centro comercial» decidieron organizarse para visitar uno de ellos, sin intención alguna de asaltarlo ni de crear confusión ni de nada. «Vamos a visitar un centro comercial».

Y allá fueron con toda su pobreza, descalzos y sucios como estaban, con sus ropas malolientes, signos de la cultura de la miseria. Y en el centro comercial «Rio Sul» de Rio de Janeiro se produjo la experiencia de una doble trascendencia. Ellos estaban encantados en aquel oasis del consumo, de una belleza sin contradicciones. Cada tienda era más bonita que la anterior. Uno llegó a entrar en una de ellas y hasta se probó una prenda. ¡Qué cosa tan bonita! Un paraíso encantado de productos. Nunca habían visto tal profusión. Si existe un paraíso terrenal de productos materiales, ése es el «centro comercial». Pero lo es tan sólo para unos cuantos. Entonces aquellos desheredados sin tierra tuvieron una fantástica experiencia de trascendencia de su melancólica cotidianeidad. Y los dueños de las tiendas y los clientes del centro comercial también tuvieron una experiencia de trascendencia: «¿Cómo se le ocurre a esta gente venir acá?». Algunos cerraron sus tiendas: «Van a

asaltarnos, van a robarnos...». Nada más lejos de la realidad. Ellos sólo querían ver aquello. «Son extraterrestres que han venido de otros planetas, de otros continentes, y han entrado en este país cerrado del consumo moderno. Pero aquí no tienen cabida. Son ceros a la izquierda económicos. Si no son productores, ¿cómo quieren ser consumidores? Si no cuentan para nada en la economía nacional, ¿qué pintan aquí?».

La trascendencia se produce en estas experiencias de lo cotidiano banal, de nuestro día a día. Para una cultura más elaborada hay otras experiencias de trascendencia: ante una obra de teatro, un libro o una película, manifestamos nuestra fascinación por la belleza de la obra o la interpretación del artista. Personalmente, he visto tres veces la película *La vida es bella*, de Roberto Begnini. Es una experiencia fantástica de trascendencia hecha por un niño sobre el trasfondo de la guerra y de un campo de concentración judío, donde alimenta el sueño de obtener como regalo un tanque de guerra. A pesar de aquel horror del nazismo y del campo de concentración, donde cristaliza la negación de toda dignidad humana, la posibilidad del ser humano de superar, de vivir la trascendencia, de garantizar el sueño y el humor, acaba finalmente realizándose: el niño encuentra el tanque de guerra real, tanque que viene a liberarlo a él y a su madre.

En este contexto, no puedo dejar de recordar las memorias de Rudolf Hess, director nazi del campo de exterminio de Auschwitz.

Cuenta Hess que su función consistía en conducir a los judíos a la cámara de gas. Llegó inclu-

so a calcular el número de los que él solo había llevado a las cámaras de exterminio y, si no recuerdo mal, se elevaba a un millón trescientas mil personas: hombres, mujeres y niños. Juzgado en Nuremberg, tuvo tiempo en la prisión de escribir sus memorias. Y lo que impresiona es la frialdad con que lo hace, absolutamente convencido de la rectitud de su comportamiento, pues obedecía órdenes de Hitler, el *Führer*, «y el *Führer*, el Jefe, siempre tiene razón». Practica, pues, el mal con la más absoluta buena fe. Ahora entendemos la frase de Pascal: «Nunca hacemos tan perfectamente el mal como cuando lo hacemos de buena fe».

Pero hay un momento en el libro que me dejó atónito y que no puedo olvidar: es el momento de la trascendencia de Hess, cuando envió a la cámara de gas a una mujer y a sus cinco hijos pequeños. La mujer, que intuyó lo que iba a suceder, le suplicó de rodillas que no les hiciera nada a los niños. Por un instante, él quedó desconcertado y perplejo, sin saber qué hacer. Pero, con un gesto brusco, ordenó finalmente que se los llevaran a todos, a la mujer y a los niños. Y comenta en sus memorias: «Jamás podré olvidar la mirada de aquella mujer, que no ha dejado de perseguirme hasta hoy, porque había en ella tanta ternura, tanta súplica, tanta humanidad, que me hizo sentirme enemigo de mi propia humanidad». Es una experiencia de trascendencia en sentido contrario, posible incluso en el nazismo más brutal.

La trascendencia se da principalmente en el encuentro con las personas. A veces sucede que estás sumido en una crisis existencial, sin rumbo, y te encuentras con alguien que tiene palabras

cordiales, que te enciende una luz, que te pone una mano en el hombro y te indica un camino. No como el maestro que se limita a decirte: «Ve por ahí»; sino despertando al maestro escondido que hay en ti y ayudándolo a definir un camino con sentido. Entonces tienes una experiencia de trascendencia, de ruptura de tu círculo cerrado, de apoyo existencial liberador. Surge entonces el sentimiento de veneración por esa persona que, por un momento, se transforma en maestro capaz de despertar tu héroe interior adormecido.

No me resisto a ofrecer una experiencia personal de trascendencia con ocasión de un encuentro. En 1998 fui a visitar a Dom Hélder Câmara en Recife, en su pequeña iglesia de las Candelas y en la humilde casa donde vivía pobremente. Siempre fuimos muy amigos. Jamás olvidaré la nota manuscrita que nos hizo llegar a mí y a mi hermano Clodovis, también teólogo (a quien Dom Hélder consideraba como un hijo querido). Habíamos quedado en vernos a las diez de la mañana. Cuando llegué, la religiosa que cuidaba de él me dijo: «Mira, Dom Hélder estaba hecho polvo y se ha ido a descansar. Creo que se ha dormido. Si quieres, puedes ver cómo duerme». Y fui a verlo. Me quedé diez minutos, tal vez quince, contemplando a aquel pajarillo dormido. Con su sotana blanca, que dejaba ver sus delgadas piernas, parecía un Gandhi respirando profundamente. Yo me quedé extasiado, porque despedía tanta luz, tanta levedad, tanta santidad, tanta trascendencia, que parecía algo como de otro mundo. Le hice una reverencia al modo hindú, inclinándome profundamente, salí sin hacer ruido y le dije a la

religiosa: «¿Sabes?, de todos los diálogos que he tenido con Dom Hélder, éste ha sido el más profundo». Ésta es la imagen que quiero recordar de él. El sueño de un profeta, de un Gandhi, de un ángel de la paz. Hay personas iluminadas, y en la vida todos nos encontramos con alguna de ellas. Puede ser un abuelo o una abuela, o un tío que ha sufrido mucho, o un amigo entrañable, o una amiga confidente... A veces puede serlo el vendedor de maíz, o la manicura, que escuchan y ponderan y opinan sabiamente, con sorprendentes intuiciones realmente fantásticas. Tengo algunos amigos muy sencillos y humildes que me parecen verdaderamente geniales. Ellos deberían estar dando clases en las universidades y predicando en los púlpitos, y nosotros escuchando y aprendiendo.

Martin Heidegger, a quien yo considero el mayor filósofo del siglo XX, a pesar de su nazismo inicial, nunca quiso abandonar Friburgo, que es una tranquila y pequeña ciudad. Quiso quedarse allí porque sus grandes amigos, sus interlocutores, eran campesinos, leñadores de la Selva Negra con quienes él mantenía grandes diálogos. De ellos solía decir: «Aquí están los pre-socráticos». Los del pensamiento originario, los que no saben de la metafísica de las iglesias, ni de la metafísica de la modernidad, ni de la metafísica de las universidades, están en el terreno de la vida, en la cota cero, pegados a la realidad fundamental de la *ex-istenc-ia*, como expliqué anteriormente. Heidegger daba a entender: «Es aquí donde alimento mi reflexión. No quiero ir a Berlín, la capital de Alemania, a ocupar una prestigiosa cátedra de filosofía. Me quedo aquí, con mis leñadores». Y

escribió un bellissimo texto en el que exponía las razones de su permanencia en una ciudad provinciana. Como filósofo, tenía con la trascendencia sus más y sus menos. Y encontró e identificó en el trato amistoso y franco con los campesinos la fuente de donde, según él, emanaba, cristalina, dicha trascendencia.

TODO LO QUE ESTÁ SANO  
PUEDE ENFERMAR:  
LA PSEUDOTRASCENDENCIA





**H**AY también una pseudotrascendencia que la cultura actual promueve de manera exagerada. En mi opinión, todo ese universo del *marketing*, del *show bizz*, del entretenimiento nacional y mundial, es el campo donde se produce una experiencia de pseudotrascendencia. Las adolescentes se vuelven locas cuando pueden ver y hasta tocar a un artista de la televisión. Entran en trance cuando se encuentran con Xuxa, porque Xuxa es una fuente de trascendencia construida artificialmente. Cuando el padre Marcelo Rossi canta, muchos cristianos deliran. Es como si descendiera sobre ellos el Espíritu Santo en virtud de la evocación de determinadas emociones. Todas estas manifestaciones constituyen lo que he dado en calificar de «pseudotrascendencia».

Y la mayor de todas ellas es la droga, que permite realizar un fantástico viaje, no gracias a la espiritualidad, sino gracias a la química. La religión, el arte y el cine pueden ser drogas. Con ellas desaparecen todos los límites, se vive la omnipotencia y se vuela por encima de las limitaciones de la condición humana cotidiana. El problema de la droga no es el viaje, sino el retorno del viaje,

cuando ya no se soporta la cotidianidad. La cotidianidad, que es la inmanencia, que es la vulgar rutina, la obligación diaria de trabajar, de levantarse, de seguir un horario, de pagar las facturas...: todo eso es agotador y enervante. Por eso parece mucho mejor viajar y librarse artificialmente de todas esas limitaciones, a costa de destruir la libertad y la vida.

Considero que el criterio para saber si la trascendencia es buena, si potencia o disminuye al ser humano, reside en la respuesta que demos a esta pregunta: ¿en qué medida tal experiencia ayuda a enriquecer y asumir la cotidianidad? ¿Representa una huida o una coartada para lo cotidiano, un endiosamiento y una fetichización de aquello que representa un sentido para nosotros? Si la experiencia no amplía nuestra libertad, ni nos proporciona más energías para afrontar los desafíos de la cotidianidad, común a todos los mortales, ni nos hace más compasivos, generosos y solidarios, entonces podremos seguramente decir: hemos tenido una experiencia de pseudotrascendencia. Y saldremos más empobrecidos en nuestra realidad esencial, que es la de unas existencias que se construyen con decisiones libres, aceptando honestamente los desafíos y sabiendo estar a la altura de los mismos. Necesitamos comprender y asimilar en nuestras actitudes que no habitamos el mundo sólo poéticamente, es decir, con asombro, transfiguración y alegría, sino que lo habitamos también prosaicamente, es decir, con su opacidad, con sus limitaciones y con su inevitable y concreto enraizamiento. Y quien puede liberarnos de esta situación objetiva no es droga alguna, sino

tan sólo una existencia capaz de equilibrar la trascendencia y la inmanencia como dimensiones de toda existencia humana.

Las pseudotrascendencias explotan, pues, esa capacidad que tiene el ser humano de «ir más allá», pero no le confieren la experiencia de una plenitud duradera. No es la droga lo que permite la experiencia del viaje, sino la química presente en la droga. Es diferente el viaje realizado a partir de una labor de búsqueda de la propia identidad y de un camino espiritual más arduo. Una labor en la que domesticamos progresivamente a los demonios que nos habitan, sin reprimirlos, sin recortarles los cuernos, sino controlándolos y encauzando su poderosa energía en favor de nuestro crecimiento. Porque ellos enseñan una experiencia más global de la realidad, permitiendo que la luz ilumine las tinieblas y que nuestra parte sana cure nuestra parte enferma. Esta es la experiencia de trascendencia fecunda, verdaderamente humana.



EL DESEO  
Y LA  
TRASCENDENCIA



**T**ODOS somos seres de deseo. Tal vez sea el deseo nuestra experiencia más inmediata, a la vez que la más profunda. Esto es algo que ya supo ver Aristóteles y que para Freud constituye el eje fundamental que permite comprender el motor interno del ser humano. Nuestra estructura básica es el deseo. Y es propio de la dinámica del deseo no tener límites. No deseamos sólo esto o lo de más allá. Lo deseamos todo. No queremos tan sólo vivir mucho; queremos vivir siempre. Deseamos la inmortalidad. Y padecemos auténticas frustraciones, porque el principio de realidad nos hace ver que somos mortales. Vamos muriendo muy poco a poco, como a plazos, día tras día, hasta acabar de morir. Pero nuestro deseo permanece siempre incólume, siempre quiere vivir más, prolongar el tiempo, trascender la muerte. La verdadera clave de la pseudotrascendencia consiste en que manipula nuestra estructura de deseo y encauza toda nuestra capacidad de deseo hacia una cosa limitada, identificando ésta con la totalidad de la realidad. Y entonces nos frustramos, porque el deseo lo quiere todo, pero sólo obtenemos una parte.



La publicidad de los cigarrillos Marlboro es como un sacramento de la Iglesia Católica, que actúa *ex opere operato*, que actúa por sí mismo, automáticamente. Quien fuma Marlboro –proclama el *marketing*– goza de las mujeres más espléndidas, conduce un fantástico Ferrari y recorre paisajes soberbios. Basta con fumar Marlboro para tener esa experiencia de plenitud. ¡Pura ilusión! Las chicas guapas no quieren saber nada de humo, ni les gusta que fumes cerca de ellas. Los Ferrari son fruto del blanqueo del dinero de la droga. Y esas experiencias, así como los bellísimos paisajes, no existen más que en la imaginación. No producen nada; tan sólo proporcionan una ilusión y manipulan nuestros sentimientos. Pero lo grave es precisamente eso: que permiten la ilusión de la realización del deseo infinito identificado con un objeto finito. Debemos pasar por todos esos objetos diciendo fundamentalmente: «El oscuro objeto del deseo humano no es este o aquel otro ser, esta o aquella otra realidad. No es un automóvil, ni una mujer espléndida, ni escribir un libro, ni hacer teatro, ni ser esto o lo de más allá. Es sumergirse en el ser, percibir nuestra sintonía con la totalidad, sentir que somos llamados al ser en plenitud, no a un pedazo del ser».

Vivimos en la finitud. Todo cuanto tocamos es limitado. Pero nuestro deseo es infinito, ilimitado. Por eso, para ser fieles a los requerimientos de nuestra interioridad hemos de mantener esa apertura infinita. Cuando confundimos la realidad parcial con la totalidad de la realidad, surge la ilusión del fetiche, la ilusión del endiosamiento, de la idolatría, de los falsos dioses.

Considero que una de las funciones importantes de la razón crítica es *de-construir* las realidades, deshacer los imaginarios elaborados en función de intereses de grupo y confrontar al ser humano con su realidad fontal. Entonces descubrimos nuestra dialéctica fundamental: todo ser es *dia-bólico* (que desagrega) a la vez que *sim-bólico* (congrega); todos somos Adán, y al tiempo todos somos Cristo; todos somos águilas que vuelan alto y, simultáneamente, gallinas que picotean el suelo. Tenemos raíz y tenemos también apertura, como dijimos antes. Somos como árboles, enraizados en el suelo que nos da fuerzas para afrontar las tempestades. Pero también tenemos la copa, en diálogo constante con el universo, con las energías cósmicas, con los vientos, con las lluvias, con el sol y las estrellas. Y si no conservamos la apertura –la copa–, el tronco se atrofia, las raíces se secan, y la savia deja de fluir. Y morimos. La dialéctica consiste, pues, en mantener juntos el enraizamiento y la apertura. Inmanentes, pero abiertos a la trascendencia.



¿CUÁL ES, FINALMENTE,  
EL OSCURO OBJETO  
DEL DESEO?



**H**ABLÁBAMOS antes del ser humano como un ser de deseo ilimitado, como un proyecto infinito, como un ser de apertura: abierto al otro, abierto al mundo, abierto en su totalidad. Y aquí surge un problema filosófico, a la vez que teológico, que no podemos ni debemos eludir: ¿quién llena ese profundo vacío que hay en nuestro interior? ¿Cuál es el objeto adecuado a nuestro deseo infinito, capaz de satisfacernos y de procurarnos descanso? ¿Por qué deseo lo infinito y no encuentro más que lo finito? ¿Por qué deseo lo ilimitado, la totalidad, y tan sólo encuentro fragmentos? Aquí se revela el ser humano como un ser que siempre protesta y nunca está satisfecho. Y no hay psicología ni psicoanalista que lo cure. Yo suelo decir a mis amigos psicoanalistas que no traten de curar a las personas de esa angustia infinita, que es incurable en el ser humano. Ese mal infinito que lo habita es su grandeza, su dinamismo, su esencia. Y es a partir de esa excentricidad como podrá encontrar curación.

Considero que hay tres actitudes posibles en relación con la apertura a lo ilimitado, a lo innumerable, con el talante de expectativa y de espera

propio del ser humano. Sé que habrá muchas, pero voy a circunscribirme a las tres que a mí me parecen posibles.

La primera de dichas actitudes, la de Sartre y tantos existencialistas que se niegan a aceptar la trascendencia, considera al ser humano una pasión absurda, un ser que desea lo absoluto, pero que está condenado a vivir lo relativo.

Para preparar esta reflexión releí *El Ser y la Nada*, el gran libro de Sartre, cuya tercera parte incluye todo un capítulo sobre la trascendencia. Quise ver lo que dice Sartre y comprobé que dice exactamente lo que ahora mismo estoy diciendo: Sartre afirma que la fenomenología del ser humano, es decir, la descripción del modo de manifestarse y funcionar del ser humano, consiste en revelar que es un ser en sí, pero que se abre siempre a otro, que se abre al mundo, que se abre a la totalidad. Ésta es la condición humana básica. Ahora bien, Sartre se niega a aceptar que esa apertura tenga un objeto. Para él, el ser humano es un muelle en tensión hacia el universo, y tanto su angustia como su grandeza consisten en aceptarse con esa tensión hacia lo abierto puro y simple, sin objeto definido.

Otra actitud es la de muchos de nuestros intelectuales agnósticos, que no desean definirse en relación a la apertura y la trascendencia y sufren con la falta de respuesta. Es ésta una actitud digna, porque es muy dolorosa y requiere mucho valor. Sienten el deseo del espíritu, identifican un eventual objeto del deseo, pero temen adherirse a él y acaban manteniendo la distancia. Prefieren la indefinición y el «campo abierto», con las inseguri-

ridades y angustias existenciales que tal decisión conlleva. Yo entiendo a estas personas. A veces han tenido experiencias negativas con quienes, en la Historia, se han erigido en representantes y portadores de la trascendencia. Grupos de filósofos, representantes de cosmovisiones y de religiones, ofrecen un trascendente tan mediocre y tan cruel que más vale ser un ateo alegre y despreocupado que un creyente en este tipo de trascendencia menor. Por eso debemos tener una actitud comprensiva para con esos agnósticos y tratar de descifrar el interrogante existencial que ocultan, frustrado, tal como se presenta, por las formas sumamente materializadas e indignas de la naturaleza de la trascendencia.

Pero hay una tercera actitud, la de las religiones, que tienen el inaudito coraje –diría incluso que la osadía– de dar nombre a ese objeto de nuestro deseo, llamándolo «Dios», «Olorum» (candomblé), «Tao», «Yahvé»... o de cualquier otra forma: Padre, Hijo, Espíritu Santo... No importa el nombre. Ellos invocan el nombre de Dios en el sentido más originario de la palabra «Dios», que en sánscrito significa la realidad que brilla y que ilumina. En esta perspectiva, Dios sólo tiene sentido existencial si es respuesta a la búsqueda radical, por parte del ser humano, de luz y de camino a partir de la experiencia de oscuridad y desorientación. O, simplemente, en virtud de la experiencia iluminadora de sentido que deriva de la vida, de la majestad del universo, de la inocencia de los ojos de un niño.

Aquel *Deus ex machina* predicado por las religiones o anunciado por los dogmas no satisface



necesariamente esta búsqueda humana, porque viene de fuera hacia dentro y de arriba hacia abajo. Pero hay otra experiencia de Dios, la que nace de esa ansiedad del ser humano. Al decir «Dios» (esa palabra reverente que, por respeto, apenas nos atrevemos a balbucir), estamos apuntando en la dirección de donde podrá venirnos una respuesta. Entonces ese nombre, Dios, sustituye al de «misterio», al de «innombrable», al de «indescifrable», al de «fuente originaria y generadora de todo ser». En este Dios puede descansar el ser humano, que, al experimentarse como proyecto infinito, encuentra finalmente a un Sujeto igualmente infinito, connatural con él.

Todos los grandes místicos de las grandes tradiciones (cristiana, taoísta, sufi y musulmana) representan a Dios de esa forma. Personalmente, considero al sufi musulmán Rumi como el mayor místico de todas las tradiciones religiosas del amor. Nadie ha hablado del amor mejor que él, ni siquiera San Juan de la Cruz, el místico del amor divino. Rumi era contemporáneo de San Francisco de Asís, pero vivía en Persia, y ninguno de los dos sabía de la existencia del otro. Pues bien, Rumi tiene poemas fantásticos sobre el amor en todas sus formas: el amor erótico, el amor de los sentidos, el amor espiritual, el amor al otro, el amor a Dios... Y tiene concretamente un pequeño poema que dice así: «Cuando estás conmigo, el amor no me deja dormir. Y cuando no estás conmigo, las lágrimas no me dejan dormir. Tu amor llegó a mi corazón y partió feliz. Luego regresó y me inculó el gusto por el amor. Pero una vez más partió. Tímidamente le pedí que se quedara con-

migo algunos días. Entonces vino, se sentó junto a mí y se olvidó de partir».

La tradición mística dice que la dimensión más profunda de nosotros mismos es lo que llamamos «Dios». Y afirma que la tarea del ser humano consiste en pasar, del Dios que tenemos, al Dios que somos en nuestra profunda radicalidad.

San Juan de la Cruz, el ardiente místico, dice en más de ocasión a lo largo de sus escritos: «Nosotros somos Dios». Y como temía que la Inquisición lo enviara a la hoguera, ponía Dios entre comillas y decía: «Somos “Dios” por participación». De no hacerlo así, pura y simplemente habrían atizado el fuego en su contra.

Santa Teresa afirma lo mismo. Y es que el ser humano es connatural con esa suprema realidad. Porque el ser humano es un proyecto de apertura absoluta y, por ello mismo, un misterio indescifrable. Por más que lo definamos, siempre queda algo por ser definido y respondido. Y Dios debe ser pensado en esa dirección. Si Dios tiene algún significado, debe ser entendido así, como el objeto secreto de la búsqueda humana, el nombre reverente, el latido de nuestro corazón, aquel que se esconde detrás de todos los caminos, que nos conduce, finalmente, y nos sustenta.

San Pablo, dialogando en los Hechos de los Apóstoles con los griegos de Atenas, les anuncia al «Dios desconocido», que en realidad es el más conocido, porque «en él —dice Pablo— vivimos, nos movemos y existimos, porque somos también de Su linaje». Traduciendo a nuestro lenguaje: nosotros nunca vamos a Dios ni salimos nunca de Dios, porque estamos siempre dentro de Dios.

Éste es el pensamiento radical, la experiencia de fondo de donde nacen los múltiples caminos espirituales. Pues todos los caminos conducen a Dios. La dimensión de fe, la dimensión mística, la dimensión de una visión más originaria y profunda, consisten en ver que ninguno de los caminos está errado. Cada uno de los caminos es camino hacia la fuente. Por eso, por más diversas que sean las religiones, todas ellas hablan de lo mismo, del misterio, de Dios.

TRANSDSCENDENCIA:  
SINGULARIDAD DEL  
CRISTIANISMO



**C**UÁLES son las consecuencias más inmediatas del hecho de tomar conciencia de la trascendencia? Porque la trascendencia no es algo que podamos tener o no tener. Todos la tenemos. La trascendencia no se gana ni se pierde; es una situación del ser humano, que fue condenado a vivir esta dimensión, a violar las prohibiciones, a superar los límites. Ésta es su estructura y su singularidad, en el proceso cosmogénico, con respecto a los demás seres.

Necesitamos transformar esta dimensión de la trascendencia en un estado permanente de conciencia y en un proyecto personal y cultural. Debemos cultivar ese espacio y lograr que la sociedad, la cultura y la educación, a su vez, reserven espacios para la contemplación, la interiorización y la integración de la trascendencia que hay en nosotros. Hoy es posible que esta dimensión esté cubierta de cenizas, pues la cultura es extremadamente materialista y pobre de espíritu. Pero, a pesar de sus intentos de mitigarla o de desplazarla al ámbito de lo privado, la cultura no consigue apagar la trascendencia.

Y la experiencia de trascendencia produce inicialmente en nosotros un enorme sentimiento de ligereza y de humor, porque a partir de ella relativizamos todas las cosas y nos hacemos capaces de reírnos de ellas. Nada consigue absorberlo todo. Nada nos define completamente. Nada es definitivo. La realidad, lo real, es tan sólo una *realización* de las potencialidades existentes en el universo. No estamos condenados a permanecer encerrados en un determinado marco existencial. Podemos romperlo y enriquecerlo. Los dramas que siempre nos acompañan se ven aliviados de sus opresivas cargas. Por muy malo que sea el mal, nunca es absoluto. Podemos estar por encima de él.

En definitiva, la esperanza es lo último que muere. Por más postrados que podamos estar, siempre podemos dar un salto o, cuando menos, recurrir al derecho al pataleo y la protesta: un derecho que conservamos siempre y que nadie puede destruir.

Finalmente, ¿cuál es la singularidad del cristianismo frente a esta experiencia universal de la trascendencia? La experiencia que el cristianismo proporciona no es propiamente la de la trascendencia. Eso es herencia de los griegos. La tradición judeo-cristiana habla de «transdescendencia»: se nos invita, no ya a trascender y volar por encima de la realidad, sino, fundamentalmente, a descender y buscar el suelo. La experiencia que el cristianismo trata de articular y comunicar es ésta: el Dios que circunda toda la realidad ha emergido de la suma pobreza. Nació en medio de animales, se identificó con el crucificado, mendigó el amor

de todos y la supresión de las distancias entre los seres humanos y se hizo el último de los hombres. El texto bíblico dice de él que se hizo carne, que se hizo gusano, que se hizo siervo, que se hizo esclavo de toda criatura humana. Después quiso bajar a lo más profundo y descendió a los infiernos. Cuando el *Credo* cristiano dice que, al morir, el Dios encarnado (Cristo) descendió a los infiernos, quiere decir que descendió hasta esa dimensión en la que estamos absolutamente solos, a la que nadie puede acompañarnos, ni siquiera la persona amada: es el momento personalísimo de nuestra muerte. Si él descendió hasta ahí, fue para decirnos: «Aunque llegéis hasta los mismos infiernos, yo estoy con vosotros. No vais solos: yo voy con vosotros». Si descendió tan abajo –transcendencia–, puede subir a lo más alto –trascendencia.

En la encarnación, al zambullirse dentro de la fragilidad humana, Dios unió trascendencia e inmanencia, descendiendo entonces hasta lo más bajo. Y la actitud más grandiosa del ser humano, según la lectura cristiana, consiste en inclinarse, como el buen samaritano, sobre el prójimo caído. Es el amor el que desciende. No debemos doblar la espalda delante de nadie, y menos aún postrarnos de hinojos. Sólo podemos hacerlo, sin perder la dignidad, inclinándonos sobre el que está caído en el camino, a fin de incorporarlo y rescatarlo. Esta transcendencia se ordena a la trascendencia y salvaguarda su salubridad. Detrás del caído se esconde el propio Dios, pues al atardecer de la vida seremos juzgados, no por nuestra obediencia a todos los dogmas y nuestra afiliación a tal o cual



iglesia, ni por haber pagado fielmente los «diezmos» o haber sido ciudadanos honrados. No se nos juzgará por nada de eso, sino por el amor que hayamos manifestado para con el sediento, el hambriento y el desnudo. Quien haya asumido esta transcendencia escuchará las benditas palabras: «Venid... Heredad el reino». Por eso, lo importante para el cristiano no es la trascendencia ni la inmanencia, sino la transparencia, que es la presencia de la trascendencia dentro de la inmanencia. No es cuestión de epifanía, del Dios que viene y se anuncia; es cuestión de diafanía, del Dios que brota hacia fuera desde dentro de la realidad, del universo, del otro y del empobrecido.

La singularidad del cristianismo, por tanto, radica en la transparencia de ese hombre concreto, Jesús de Nazaret, hombre como nosotros, que murió, no en un accidente de carretera en Palestina, sino en la cruz, en un proceso de insurgencia, por haber tomado partido por los pobres y los humildes; una transparencia que permite percibir la trascendencia divina. Él internalizó la experiencia al decir: «Tú eres hijo, y tú eres hija de Dios. En ti se encuentra el absoluto. Por eso, al amar al otro estás amando a Dios, pues el amor a Dios y el amor al prójimo son un mismo y único amor, un mismo y único movimiento».

Nada más grandioso que semejante estado de conciencia. La transparencia significa poder ver en el otro a Dios naciendo de la profundidad de su corazón. Ésta es la singularidad del cristianismo, a menudo oscurecido por el exceso de doctrinas y dogmas que han ido agregándose a esa experiencia originaria.

EL DIOS DESCONOCIDO  
PRESENTE  
EN NUESTRAS ANGUSTIAS



**Y** como estamos en el centenario de la muerte de Nietzsche, quiero concluir con una bellísima oración de este desesperado filósofo alemán que anunció la muerte de Dios e hizo la más virulenta crítica del cristianismo; pero la hizo a partir de una experiencia radical del Dios vivo. Cuando él anuncia la muerte de Dios, habla del Dios que tiene que morir igual que nosotros, porque es el Dios de nuestras mentes, el Dios inventado, el Dios de la metafísica, el Dios que no es vivo. E hizo una oración que me he permitido traducir, aun sin ser capaz de transmitir todo su talante poético. Lleva por título el de «Oración al Dios Desconocido»:

*Antes de proseguir en mi camino y mirar una vez más hacia delante, quiero tan sólo alzar mis manos hacia Ti, de quien intento huir.*

*A Ti, desde lo más hondo de mi corazón, he erigido altares festivos para que en cada momento Tu voz pudiera llamarme.*

*Sobre esos altares están grabadas a fuego estas palabras: «Al Dios desconocido».*

*Suyo soy, aunque hasta ahora me haya asociado a los sacrílegos.*

*Suyo soy, a pesar de los lazos que me llevan al abismo.*

*Aun pretendiendo huir, me siento obligado a servirlo.*

*Quiero conocerte, oh desconocido.*

*A Ti, que penetras mi alma e invades cual torbellino mi vida.*

*A Ti solo, oh incomprensible pero mi semejante, quiero conocerte, quiero servirte.*

*FRIEDRICH NIETZSCHE*

## PALABRAS FINALES



# 1

## TRASCENDENCIA E INMANENCIA: ¿EXPRESIONES DEL PATRIARCADO?

**S**I yo hubiera sido más riguroso, debería haber dicho desde el principio que hablo como hombre, dentro de la tradición patriarcal, en una cultura de la dualidad que se expresa a través de las categorías de «inmanencia» y «trascendencia». En realidad, esta terminología y otras dualidades afines pertenecen a la cultura patriarcal, a la cultura hegemónica por los hombres. La mujer no se mueve en esas dualidades, porque tiene una experiencia holística, inclusiva y globalizadora. La mujer piensa con el cuerpo; los hombres pensamos con la cabeza. La mujer piensa con la totalidad de su realidad, lo cual la hace mucho más cercana a la experiencia originaria, más afín a la realidad de la vida; los hombres, en cambio, no dejamos de autoexiliarnos de ese mundo integrador. La universidad, la cultura moderna y el progreso científico-técnico son producciones del patriarcado. Por eso el hombre es violento, dilacerador y productor de dualidades y rupturas. Las mujeres,



en cambio, por ser las principales portadoras del *anima* (principio femenino), tienen una visión más integradora, que no disocia, que se encuentra más próxima a la Fuente y que, por eso mismo, es mucho más espiritual. La divinidad no es para ellas un problema, sino la solución de los problemas. Pero no ocurre lo mismo con nosotros, los hombres, para quienes la divinidad es siempre un problema no resuelto, porque se sitúa en la cabeza y no en la totalidad.

Por eso es por lo que debería haber comenzado advirtiéndolo que hablo en mi condición de hombre. Ahora bien, a pesar de esta omisión subjetiva, no creo haber cometido un error objetivo, pues he intentado *de-construir* las expresiones «trascendencia» e «inmanencia» (productos del masculinismo) para llegar a una dimensión más originaria, donde pudiéramos encontrarnos con la tradición de las grandes madres y de los valores del matriarcado. Además, pienso que éste constituye precisamente el gran desafío del siglo XXI: llegar a un nuevo pacto entre géneros, a una nueva alianza hombre-mujer, superando la secular guerra de los sexos. Cada vez nos definimos menos por el sexo, y más por las cualidades personales. Juntos, sin negar la diferencia entre hombre y mujer, podemos construir una humanidad una, diversa y fecunda en su diversidad. Hemos de tomar conciencia de tal visión, transformarla en proyecto político y hacer de ella en verdad la nueva utopía capaz de dar sentido a una humanidad emergente, orientada en último término a la colaboración y que busque la convergencia en la diversidad.

## 2

### ¿A PARTIR DE DÓNDE EMERGE HOY EL HORIZONTE UTÓPICO?

**C**ONSIDERO que el «nicho» básico capaz de generar utopías salvadoras, es decir, una nueva instancia portadora de civilización, proviene de la reflexión ecológica. No de la ecología reducida al medio ambiente —estamos cansados ya de medio ambiente: queremos un ambiente entero—, sino una ecología que incluye al ser humano, con su mente y su corazón, entrando en otro estado de conciencia, en una nueva forma de venerar a todos y cada uno de los seres. Se trata de una ecología también espiritual, de una ecología integral. Desde esta perspectiva, cada vez hablamos menos de medio ambiente y más, y con mayor objetividad, de comunidad de vida, comunidad terrenal, comunidad cósmica.

El principal desafío nos llega hoy de la ecología social (profundamente interesada por la pobreza/desarrollo/comunidad de vida), que es la más violada de todas, porque dos tercios de los

seres humanos no disponen del mínimo necesario para subsistir. Actualmente, el ser más amenazado de la creación no es el mico leonado, ni el uirapuru, ni el oso panda, sino el ser humano pobre, condenado a morir antes de tiempo.

A partir de ese «nicho» de reflexión ecológica (que incluye las aportaciones de la nueva física, la cosmología, la biología genética y las ciencias de la Tierra) se está elaborando una nueva óptica capaz de generar una nueva ética, en la que lo que cuenta fundamentalmente, como ley suprema del universo, no es la victoria del más fuerte en virtud de la selección natural. Si así fuera, los dinosaurios aún seguirían existiendo, pues eran los seres más gigantescos y fuertes de la naturaleza.

La ley suprema del universo, la que ha permitido que llegáramos hasta aquí, es la de la cooperación de todos con todos. Es la de la solidaridad cósmica, porque todo tiene que ver con todo en todos los aspectos, en todos los momentos y en todas las circunstancias, en una red de inter-retrodependencias de todos con todos que no permite que nadie quede excluido (como lo hace nuestro sistema social mundializado, que excluye a dos tercios de los seres humanos), y donde cada cual es cómplice y responsable de la vida del otro.

Es en esa sinergia como el universo funciona. Vamos, pues, a tomar como orientación esta constante cosmológica, haciendo que nuestras sociedades funcionen de la misma forma sinérgica, cooperativa y solidaria: con un proyecto político consciente, con un propósito, con unas prácticas adecuadas, con unas estrategias de viabilización. Nosotros podemos salvar esta nave espacial azul y

blanca –la Tierra–, a pesar de sus escasísimos recursos y de su equilibrio extremadamente frágil.

Es esa cooperación universal esa solidaridad cósmica, la que genera una nueva utopía y abre la puerta a la esperanza. Estamos realizando una difícil travesía entre los viejos dioses que aún perviven, que no acaban de morir, y los nuevos dioses que están naciendo, pero que no han acabado de nacer. Lo cual hace que sea bastante arduo el tiempo que nos toca vivir.

Pero hemos de aprender a visualizar y amar lo invisible. Soñar con las posibilidades de ese *novum* que emerge y apostar por él. Hacer nuestra revolución molecular (cada cual se implica en el proceso de cambio) en esa dirección, en lugar de quedarnos esperando inertes el gran amanecer, porque sin nuestra propia revolución personal ese amanecer revolucionario nunca llegará.

Cada cual tiene que construir el *novum* desde el lugar en que se encuentra: la nueva sinergia, las asociaciones, las redes. Esta actitud significa acumulación de la energía necesaria para la gran ruptura. Y de ahí vendrá una distinta estructuración del equilibrio dinámico y abierto, una nueva fase de la civilización. Y cuando esto ocurra, entonces se habrá inaugurado el nuevo milenio, y nosotros, que habremos tomado parte en las revoluciones moleculares, surgiremos como ciudadanos de un nuevo tiempo para la conciencia, para la humanidad, para la propia Madre-Tierra.

## NOTA FINAL

Le recordamos que este libro ha sido prestado gratuitamente para uso exclusivamente educacional bajo condición de ser destruido una vez leído. Si es así, destrúyalo en forma inmediata.



*sin egoísmo*

**Para otras publicaciones visite  
[www.lecturasinegoismo.com](http://www.lecturasinegoismo.com)  
Referencia:4174**

Colección  
«ST breve»

---

4. — PIER GIORDANO CABRA  
Amarás con todo tu corazón. (Celibato).
5. — PIER GIORDANO CABRA  
Amarás con todas tus fuerzas. (Pobreza).
7. — ALESSANDRO MANENTI  
Vivir en comunidad.  
Aspectos psicológicos.
11. — DONALD P. GRAY  
Jesús, camino de libertad.
14. — PIER GIORDANO CABRA  
Amarás con toda tu alma. (Obediencia).
15. — J. I. GONZÁLEZ FAUS - J. VIVES  
Creer, sólo se puede en Dios.  
En Dios sólo se puede creer.
16. — JOSEPH THOMAS, S. J.  
Llamados a la libertad.  
Desafío a la formación cristiana.
17. — CEFERINO GARCÍA  
Comunidades de vida cristiana (CVX):  
Espiritualidad ignaciana para laicos.
19. — CARLO MARIA MARTINI  
María, la mujer de la reconciliación.
21. — JOSÉ I. GONZÁLEZ FAUS  
Parábolas, cartas y ensueños  
del rabino Ben Shalom.
22. — ARNALDO PANGRAZZI  
¡A Ti grito, Señor!  
Oraciones desde el sufrimiento.
23. — JEAN-CLAUDE DHOTEL  
Discernir en común.  
Guía práctica del discernimiento comunitario.

24. — LESSLIE NEWBIGIN  
Una verdad que hay que decir.  
El evangelio como verdad pública.
25. — CLAUDE FLIPO  
Invitación a la oración.
26. — EVAN PILKINGTON  
Aprender a vivir.
27. — LAUDE FLIPO  
Velad y orad.
28. — EVAN PILKINGTON  
Aprender a orar.
29. — RAFAEL BOHIGUES  
«Y al despertar me saciaré de tu semblante»  
La oración.
30. — HENRI J.M. NOUWEN  
Con el corazón en ascuas.  
Meditaciones sobre la vida eucarística.
31. — FERRAN MANRESA  
La oración.  
«... con el sentimiento de una Presencia...»
32. — CARLO MARIA MARTINI  
Abrirse.  
Máximas espirituales.
33. — CARLO MARIA MARTINI  
El seguimiento de Cristo.
34. — DOLORES ALEXANDRE  
Dame a conocer tu nombre (Gn 32,30).  
Imágenes bíblicas para hablar de Dios.
35. — LEONARDO BOFF  
Tiempo de trascendencia.  
El Ser Humano como un Proyecto Infinito.

El profeta es aquel que anuncia y denuncia. Anuncia aquello para lo que el ser humano ha sido esencialmente creado, y denuncia los esquemas que atentan contra su destino. Eso es lo que hace Leonardo Boff en "*Tiempo de Trascendencia*", llevándonos a descubrir dimensiones capaces de promover nuestra realización y, de ese modo, conquistar la paz y la felicidad que buscamos.

"Creo que la trascendencia", dice Leonardo Boff, es tal vez el desafío más secreto y escondido del ser humano, que se niega a aceptar la realidad en la que está sumido, porque se siente mayor que todo cuanto le rodea. Con su pensamiento, habita las estrellas y rompe todos los espacios. Esta capacidad es lo que llamamos "*trascendencia*", porque trasciende, rompe, va más allá de lo que es dado. En una palabra, yo diría que el ser humano es un proyecto infinito.

